

1. La abuelastra de Nico

La abuelastra de Nico, llamada Harpía Mezquina, vivía en un palacete francés de la calle Posadas con dos pisos de escaleras, siete dormitorios, dos cocinas, cuatro salas de estar y otros tantos baños. Tiempo atrás, el *petit* hotel estaba en buen estado (no era una ruina como ahora) porque Harpía alquilaba los cuartos a un precio elevado a todos sus parientes caídos en desgracia. Pero como estos eran muy pobres y nunca le podían pagar un alquiler tan alto, terminaron escapando de noche como ladrones o fueron a parar a la cárcel luego de ser denunciados por ella.

Harpía se quedó sola con Leopoldo, su marido, un anciano esquelético y medio paralítico a causa del mal de la tos y de la hambruna. Cuando le daban poco de comer, cosa que pasaba bastante seguido porque Harpía era muy tacaña, Leopoldo empezaba con sus toses. Eran como bramidos de fiera

o relinchos de caballo salvaje, tan potentes que los vecinos empezaban a tocar el timbre y llamaban a la policía o a la Sociedad Protectora de Animales, porque sospechaban que adentro del palacete había un león enjaulado.

Sólo así, tosiendo como una bestia, Leopoldo conseguía que le dieran un plato de comida para calmar su terrible hambre. En su torso flaco ya se le podían contar todas las costillas, y como sus piernas de pollo casi no lo sostenían al caminar, se pasaba el día sentado en un sillón o acostado en la cama rechinando los dientes y entrechocando las mandíbulas, preparándose para la hora de la comida.

La única hija de Leopoldo, Remedios, trabajaba como enfermera voluntaria en un hospital público. En la peor epidemia de gripe que asoló Buenos Aires, Remedios conoció a Teddy Petróleo, un empleado de una estación de servicio que había ido al hospital a vacunarse; se enamoraron a la primera inyección y se casaron enseguida. Nueve meses después nació Nico.

Durante ocho años, la familia Petróleo vivió feliz (y lejos del palacete de la calle Posadas), pero un día clausuraron la estación de servicio por emanaciones de gas que casi envenenan a la ciudad entera, y el padre se quedó sin trabajo. Tras largos meses de pasar hambre, frío y todo tipo de necesidades, Teddy consiguió un contrato para trabajar como obrero en las minas de carbón de Frizado, un lejano pueblo del sur, y a Remedios le ofrecieron un puesto de enfermera en el hospital del lugar.





Como los salarios de los dos eran escasos, tuvieron que tomar una drástica decisión.

—No podemos llevarte con nosotros, Nico. Yo voy a vivir en el campamento minero, y tu madre en el hospital —dijo el padre.

—¿Por qué no puedo vivir en el campamento con vos y bajar a la mina con el tercer ojo? —preguntó Nico pensando en la potente luz que usaban los mineros encima del casco.

—No lo permiten, querido. Tendrás que vivir un tiempo con tu abuelastra.

—Hasta que tu padre y yo podamos juntar el dinero suficiente como para mandarte a llamar —dijo, angustiada, Remedios.



—¡No puedo vivir con Harpía! ¡Me odia!

—Nada de eso. Sólo es tacaña y egoísta, pero ya te vas a acostumbrar. Lo que ella odia es que la llamen por su nombre completo. Acordate de decirle Pía —lo previno Remedios exhalando un resignado suspiro.

—No quiero acostumbrarme a pasar hambre como el abuelo. ¡Me voy a convertir en otro esqueleto! —reaccionó Nico.

—No te preocupes, querido, le vamos a mandar dinero para tu comida. Y te vamos a llamar todas las semanas para ver cómo estás —intervino Teddy.

—Y si después de seis meses no te acostumbrás, venimos a buscarte —prometió Remedios.

Nico aceptó a regañadientes.

La que puso el grito en el cielo fue Harpía.

—¡No tenemos para comer y me mandan un huésped! Sólo me quedan cuarenta centavos, y la jubilación de tu padre no se cobra hasta fin de mes.

—Yo te voy a dar una mensualidad para los gastos de Nico —aseguró la hijastra. Y le extendió un billete de cien pesos.

A Harpía le brillaron los ojos, pero apenas tuvo el billete en el bolsillo siguió protestando.

—Seguro que Nico come mucho. Todos los de su edad comen sin parar. Bastante tengo con Leopoldo, que encima se encapricha y no quiere caminar.



—Mi padre ya no tiene ganas, ni fuerzas —protestó Remedios.

—¡Por favor! Es un vago... Desde que se rompió la cadera se pasa todo el día tirado.

—No deberías haberlo dejado solo en la vereda. Perdió apoyo y se fue al suelo.

—Bueno, me cansé de que caminara tan despacio. Tenía su bastón, ¿no?

Harpía volvió a mirar a Nico con desconfianza:

—Espero que no prenda demasiadas luces, porque acá se cuida la electricidad. Y que tampoco se le ocurra llamarlos por teléfono a Frizado.

Nico le sostuvo la mirada sin pestañear.

—No te preocupes. Lo vamos a llamar nosotros —intervino Remedios.

Así fue como Nico se quedó a vivir en la casa de su tacaña abuelastra Harpía y su hambreado abuelo Leopoldo. Y las que siguen son sólo algunas de sus aventuras en el Palacete de la calle Posadas. Porque si yo se las contara todas, ¡ustedes no me las creerían!



2. Nico da el gran salto

Para no comer, ni gastar en comida, la abuelastra dormía durante toda la mañana, tres horas de siesta después de almuerzo y, de noche, se acostaba más temprano que las gallinas.

—El sueño es alimento —decía, y también obligaba a Leopoldo a quedarse en cama las veinticuatro horas del día.

A las ocho de la mañana, cuando Nico se despertaba para ir al colegio, a través de la puerta del dormitorio sólo se oían ronquidos y toses. Ronquidos de Harpía y toses de Leopoldo, atacado desde temprano por la hambruna. Nico se levantaba descalzo e iba hacia la cocina en puntas de pie para no despertar al gato y así poder tomarse su desayuno. Puppo era el felino mimado de Harpía y nunca le faltaba medio tazón de leche ni un cuarto de plato de guiso de arroz con hígado de vaca. Claro que el pobre Puppo corría todo el día por las escaleras, de un piso al otro del palacete, persiguiendo a una le-





gión de ratones famélicos. Terminaba la cacería de madrugada y, agotado, él también dormía hasta el mediodía.

Esa mañana, Nico entró sigilosamente en la cocina. Despatarrado en el suelo, Puppo dormía junto a su tazón de leche todavía intacto. El chico ya estaba a punto de levantarlo y tomárselo, cuando el gato dio un salto por los aires y aterrizó en el piso con el lomo erizado. Había tenido una espantosa pesadilla: alguien se bebía su leche y lo dejaba sin comer hasta la noche. Al ver a Nico en actitud sospechosa (de rodillas, con el tazón en la mano), Puppo se abalanzó sobre él maullando de indignación. Nico, sin dejar el tazón, corrió por la cocina y el pasillo tratando de avanzar primero hasta la puerta de calle. Pero Puppo, acostumbrado a la velocidad de los ratones, lo persiguió sin tregua.

Al llegar al living, Nico cambió de idea y fue hacia las escaleras, pegó un salto de mono para subir antes al primer piso y... ¡rompió el cielo raso con la cabeza! Cayó sentado entre pedazos de revoque y luego rodó escalón por escalón mientras la sangre le brotaba por la frente y la leche se volcaba sin remedio. Puppo se olvidó de él y corrió a lamer los charcos que se iban formando en la planta baja.

Semejante ruido despertó a Harpía. La anciana salió en camión de su dormitorio y bajó por las escaleras bostezando ruidosamente.

—¡Nico! ¿Qué significa esto? —dijo, horrorizada, al ver el agujero en el techo y a su nietastro todavía en el piso.



El chico se levantó como pudo; por la frente le chorreaba un hilo de sangre y rengueaba de una pierna a causa de la caída. Forzando una sonrisa valerosa, trató de tranquilizar a su abuelastra.

—Di un salto y rompí el yeso con la cabeza. No te preocupes, estoy bien.

—¡Pero arreglar el techo me va a salir una fortuna! —gritó Harpía—. Y justo ahora que estoy a punto de alquilar el primer piso a un doctor. Voy a tener que llamar a tus padres para pedirles que me manden más dinero.

—¡Yo puedo arreglarlo, Pía! Y no te va a salir un centavo —le aseguró Nico, aunque no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

Como ya se empezaban a oír las toses de Leopoldo, Harpía se dejó convencer. Si su marido se despabilaba del todo, le darían ganas de comer y eso significaría gastar las provisiones que deberían durarles toda la semana. Harpía decidió volver al dormitorio, no sin antes dejar en suspenso una amenaza.

—Si no querés que llame a tus padres, arreglá ese techo enseguida. El nuevo inquilino llega mañana.

Lo primero que hizo Nico esa tarde fue ir a la ferretería de enfrente y, con las monedas que le quedaban del dinero que su madre le había dado para el colectivo diario (para ahorrar iba y volvía del colegio caminando las treinta cuadras), compró una bolsa de yeso y una espátula. Fierro, el dueño del negocio, le explicó cómo debía preparar la mezcla y hasta le dio algunos consejos para aplicarla en forma pareja.





Nico volvió al palacete silbando muy animado. Antes de hacer la mezcla, metió la cabeza en el agujero del techo y miró bien. Adentro había un entretecho enorme que Harpía utilizaba para guardar cachivaches. Pero grande fue su sorpresa al ver, entre cajas, almohadones y pilas de libros viejos, a ¡cuatro fantasmas! Eran iguales a los de los cuentos: usaban sábanas largas de pies a cabeza y tenían agujeros vacíos en la cara, en el lugar de los ojos y de la boca. Los fantasmas parecían tan altos como una persona adulta, aunque se los veía muy a gusto en el entretecho. En aquel momento, el más anciano de todos, encorvado y con bastón, les decía con voz afónica a los otros.

—Es injusto que tengamos que irnos. Después de vivir aquí medio siglo, ya somos una gran familia.

—Es cierto, Matusalén, pero a los médicos psicoanalistas no se les escapa nada. El inquilino nuevo no va a tardar en descubrirnos y le va a contar a Harpía —dijo uno de sábana rotosa.

—Piltrafa tiene razón. Y cuando ella sepa que estamos, no vacilará en echarnos a patadas, como hizo con sus parientes caídos en desgracia —dijo otro fantasma de anteojos.

—¡Desgracia tu abuelastra, Gafas! Más respeto por los parientes caídos que estamos refugiados de este otro lado —dijo una de sábana rosa a cuadritos arrugando los pliegues de la cara.

—Perdón, me olvidaba que eras una de *ellos*, Prima Alma —se disculpó Gafas con humildad.

—Dejen de discutir y pensemos en algo. Yo ya estoy “eterno” para andar mudándome a una casa abandonada. Además, no soporto los lugares llenos de telarañas —dijo Matusalén haciendo sonar contra el suelo un bastón muy fino.

Cansado de tener la cabeza encajada en el agujero, Nico trató de cambiar de posición y... ¡arrancó otro pedazo de mampostería del techo!

—¡Shhh! Me pareció oír algo. Aunque no se ve nada —dijo Gafas.

—¡Qué novedad! ¡Si los fantasmas sólo podemos vernos entre nosotros! Todos saben que usás esos lentes para pavonearte —se burló Piltrafa.

—A mí también me pareció oír algo raro —lo defendió Prima Alma.

—Se suspende la reunión hasta la noche —dijo, asustado, Matusalén. Y ante los ojos sorprendidos de Nico, los cuatro fantasmas volaron por los aires y cayeron al suelo formando una prolija pila de sábanas.